



Notas para un filandón

VALENTÍN CARRERA

¿Os acordáis de aquella...?

Marcelino fue por vino,
Rompió el jarro en el camino,
Pobre jarro, pobre vino,
Pobre culo de Marcelino.

A ver quién sabe “Pimpirineja, rabo de coneja...”

Tradición oral, entorno de frío, nieve, aislamiento, sin luz, a la luz del fuego. Nace en los pueblos de montaña, aisladas las casas por la nieve: las mujeres hilaban, los hombres hacían madreñas o tallaban madera con la navaja. Cuando el filandón era subido de tono, no dejaban ir a los niños y niñas: lo que contaban las mujeres –dice Juan Pedro Aparicio– era siempre lo más subido de tono.

Entretenían las veladas charlando: en un mundo sin televisión, ni radio, ni internet, ni música enlatada. Solo la palabra y la imaginación. La tradición oral.

Antecedente formidable: la película *El filandón* del director de cine berciano Chema Sarmiento, de Albares de la Ribera. Con Antonio Pereira, Julio Llamazares, José María Merino, Luis Mateo Díez y Pedro Trapiello, con música de Cristóbal Halffter y Amancio Prada. La película es de 1985 y ha envejecido bastante bien. Un clásico. (Hay un libro en Breviarios de la Calle del Pez, donde José Carlón ordena la crónica de la película, incluyendo los cuentos: no dejéis de leer “Las peras de Dios”, de Antonio Pereira).



Relato oral, espontáneo, no modificado o intervenido por lecturas: nuestros abuelos campesinos y ganaderos eran en general analfabetos funcionales. Algunos habían ido algo a la escuela, hasta que llegaban a la edad de ir de pastores o ayudar en casa, y sabían leer o firmar con dificultad, y las cuatro reglas. Poco más. Una minoría ínfima conseguía estudiar, generalmente en seminarios o colegios religiosos. Y en las casas había muy pocos libros... o ninguno.



Ese “estado de inocencia” ya no lo podremos recuperar jamás, porque algunos lo vemos todo a través de los libros (o los millennials a través de pantallas); por eso, para hacer un filandón hay que bucear en las estancias de la memoria: todos tenemos algún rincón en el que alguien, una madre, una abuela, un vecino, algún pariente... contó alguna historia, o un cuento en la cabecera de la cama, o una anécdota yendo de viaje, o en el velatorio de un familiar, donde también se hacían muchas risas, y esa historia quedó grabada en nuestra memoria.

No somos nada sin memoria, de modo que este filandón es, básicamente, un ejercicio de memoria, un ejercicio compartido, participativo, abierto... dejemos que fluya, porque la memoria tiene algo de río, de agua transparente.

Cuando empecé a pensar en cómo hilar, o fiar, este filandón, buceé en mis propios recuerdos: la casa de la abuela María en Rimor, los almuerzos junto al fuego, en la cocina de suelo, cortando sarmientos, con el pote hirviendo sobre la trébede, los días de matanza, los ratones que andaban por las alacenas, sin otra luz que la natural. Recuerdo una bombilla mínima, tal vez de 30 vatios, menos que una vela, y aquello era ya un avance, aunque se encendía poco por no gastar...

Había una bombilla en cada habitación, pero no en todas: recuerdo dos dormitorios contiguos: en la pared común había un ventanuco en lo alto y allí colgaba una bombilla que daba luz para los dos cuartos. Intimidación económica.

Bueno, he buscado en aquellos recuerdos y he ido encontrando trabalenguas, acertijos, historias de los rojos, de los maquis, de la guerra de África (de la que el abuelo Samuel se salvó emigrando a Buenos Aires); o de Cuba, donde emigró la tía Dolores; de la revolución de octubre de 1934 (los mineros estuvieron a punto de quemar la iglesia de San Román de Bembibre, con todos los hombres del pueblo —los de derechas— dentro, incluido mi abuelo Samuel, y de cómo se salvaron porque llegó a tiempo un camión con soldados desde el cuartel de Astorga... o de la guerra del 36, y sobre todo de la posguerra, cuyo relato sigue latiendo en novelas, películas, o en las voces silenciadas de las cunetas.

Conviene recordar (“recordar doe”, decía mi profesor Herminio Barreiro) que la generación de mis abuelos conoció la Gran Guerra europea y la Guerra de Marruecos y el desastre de Anual; y la generación de mis padres pasó por dos guerras, la civil de 1936 y la Segunda Guerra Mundial, de 1940 a 1945, y hay toda una memoria de dramas asociados a su infancia: mi padre tenía once años cuando empezó el alzamiento de Franco. “A estas familias —dice mi prima Pepa Diñeiro— les estalló una granada en la cabeza”.

Una bomba en forma de miedo que taponó durante décadas los poros de la memoria: muchos niños de entonces no han sido capaces de recuperar el relato de sus vidas y verbalizarlo; cuando lo hacen, con la libertad de la miliciiana asturiana Maricuela o de Ángel Belza en [Memorias de un niño en Rusia](#), la memoria fructifica como el tesoro más valioso.

Esos mismos niños y niñas sí vivieron el verdadero filandón, en hogares donde no había luz ni libros, ni aseos ni calefacción ni nevera ni agua corriente, en infancias sin tabletas ni móvil ni radio. En las largas noches de invierno, cuando la helada o la nieve cubría los tejados de pizarra y las calles se convertían en barro, en el que se encharcaban las madreñas decoradas al fuego, a punta de navaja, los mayores contaban historias y los niños y niñas escuchaban y aprendían: suyo era el reino de la imaginación, más mágica y poderosa que la de ningún Harry Potter.

¿Qué contaban entonces esos mayores, las hilanderas, los paisanos? Dice Juan Pedro Aparicio que las mujeres eran mucho más osadas en contar historias de alto voltaje sexual, mientras ellos preferían relatos de caza o de lobos o la más seria invocación a la Santa Compañía en cualquiera de sus formas fantasmales. Siempre había en aquellos relatos personajes de fábula más cercanos que Frankenstein: nuestro *Sacauntos* o el *Sacamantecas*.

Ese no lo sé por los libros, lo usaba Lola, que era de El Acebo, como amenaza:

—Si no te lo comes todo, va a venir *el Sacamantecas*...

Aún tiemblo de miedo. En fin, acabo de mencionar El Acebo: Lola me llevó un verano a casa de sus padres, yo tendría once o doce años, y aquel viaje iniciático está tan fresco en mi recuerdo como el primer día. Allí, en el baile, con el tamborilero —nada de la orquesta París de Noia ni Combo Dominicano—, las mujeres enlutadas, las cabezas tapadas con velo negro, como hoy en los países islámicos, contaban sus historias, sentadas en reclinatorios o banquetas, que cada una traía y llevaba, o en tabloneros tendidos sobre dos piedras. Así era la fiesta del pueblo, el día grande, que era día de relatos. Consejas de viajes,

ronda de las mujeres casadas, copina de orujo, o licor-café, si lo había, por la parte de Valdeorras, por donde el Sil se nos escapa saltando.

Vamos con las historias.

De niños, los domingos por la mañana, metidos todos, los cuatro hijos, en la cama de matrimonio, como conejines, mi padre nos contaba un cuento del que recuerdo algo así: “...el pan mató a la Panda, la Panda mató a dos; yo comí carne que no vi y bebí agua que no estaba ni en el cielo ni en la tierra...”.

Durante años no conseguí recordar más, hasta que encontré la historia completa en el libro *Literatura de la tradición oral en El Bierzo*, de Alicia Fonteboa, una joya que os recomiendo y que usaré de guía oral en este filandón.

Es curioso que Alicia recoge el cuento en Bembibre: mi padre es de Bembibre, y es seguro que a su vez lo aprendió en su infancia, pero el cuento o adivinanza “El pan mató la Panda” es más viejo que sembrar y tiene muchas variantes, como *El tonto que propuso una adivinanza imposible de acertar* o *La princesa que no supo resolver el acertijo*:

Pan mató a Panda,
Panda mató a tres,
pasé duro sobre blando
vi un muerto y tres cantando,
comí carne engendrada por nacer
y la guisé con palabras de la iglesia.

De todas las versiones, voy a escoger la de Bembibre, que es la de mi padre y, por tanto, la que refresca hoy mi memoria y la vuestra:



EL PAN MATÓ A LA PANDA

Érase un rey que tenía una hija. Y dijo que el que le contara un cuento que él no supiera, se casaría con su hija.

Y era una madre que tenía un hijo medio tonto, llamado Blas; y le dijo Blas a su madre:

—Madre, hágame un bollo, que voy a ir a decirle el cuento al rey.

Y le dice la madre:

—Ay, tonto, tonto, que tú no sabes llevarle ningún cuento al rey.

Pero él se empeñó y marchó con una burra que le llamaban *Panda*.

Cuando se cansó de cabalgar, se echó a dormir, y la burra se comió el bollo preñado que había hecho la madre.

Pero como estaba envenenado, se murió la burra, y entonces vinieron dos cuervos a picar aquel despojo, y también murieron.

Después, cuando despertó, el tonto tenía hambre; cogió la escopeta y mató una liebre, pero resulta que la liebre estaba preñada y tenía una cría dentro; así que Blas comió la cría, que estaba más tierna, y como tenía sed y no había agua, entró en una iglesia y bebió agua de la pila, que había a la entrada para santiguarse.

Entonces, siguió andando y pensando que ya tenía un cuento que llevarle al rey, y se presentó en palacio con el siguiente acertijo:

«El pan mató la Panda,
la Panda mató dos;
yo tiré al que vi
y maté al que no vi.
Comí carne fresca
ni nacida ni criada,
y bebí agua buena
que no está en el cielo
ni en la tierra».

Y cuando se lo contó, el rey no supo qué cuento era y se rindió; pero Blas se lo explicó, y entonces el rey le dijo:

—Te voy a meter de pastor, a cuidar conejos; si al cabo de un año tienes cien conejos —ni uno más ni uno menos—, te casas con mi hija.

Y al cabo de un año, Blas habría criado cien conejos, ni una más ni uno menos; pero no se quiso casar con la hija del rey.

Y entonces el rey, sorprendido por la sabiduría del tonto, le dio dos mulas cargadas de oro por no haber querido casarse con su hija. Y Blas se marchó felizmente para casa de su madre. Y colorín colorado...

Villar de los Barrios, 3 de noviembre de 2018